

# Lamaramar

L. Aura



## Capítulo 1

Una vez tuve otra vida, algo así como una subhistoria dentro de esta, aunque pensándolo bien, tampoco es que estuviese dentro, porque era otra. Hoy me separa de allí un espacio abismal, un agujero negro, a distancias incalculables, infinitas. Sería imposible volver allí. Hay pasos que, cuando se dan, ya nada vuelve a ser lo mismo.

Aunque, quizás, llamarla vida sea un poco pretencioso, un eufemismo generoso, una forma disimulada por aparentar que aquí no ha pasado nada, pero no es así. ¡Las cosas que tienen que suceder para que un milagro termine siendo una verdadera miseria...! Existencia. Sí... o supervivencia. Así viví.

Tan lineal la veía entonces como tan cíclica la reconozco ahora. Creía que la General Paz y Rivadavia eran las fronteras del mundo; que el obelisco era un invento argentino, que el que no lloraba no mamaba, y el que no afanaba\* era un gil. Cosas así, y eso creí, yo como muchos.

Me había obsesionado con una astronómica carrera. Todo hacia adelante, siguiendo los pasos ya establecidos, sin darme la posibilidad de la pérdida. Sin atender a los atisbos que indican las desviaciones. Esas desviaciones donde no me atrevía a hurgar.

Yo estaba recubierta por un bicho muy peculiar, aunque común: el monstruo urbano. Ese híbrido que nos atraviesa, toma de nuestro cuerpo, se impregna como sucia capa y nos va enredando y estrangulando sin siquiera percibirlo. Con la cabeza del sacrificio, la de la elegancia, la cabeza solemne y ecuánime del carácter, la de ser buena y la de ser propietaria para justificarme, entre todas ellas me apretaban, me levantaban del suelo y me arrojaban por los aires, haciendo trompos, hasta caer, a lo Ícaro, a los subsuelos más profundos. Tal vez me tendría que haber quedado ahí. Venimos contando hasta el momento cinco cabezas. Creo que ya era bastante. Pero vinieron nuevas y más. Se reproducían con mayor intensidad con el pasar de los años. Era la bola de nieve in crescendo, cayendo de lo más alto de la montaña. Así es la inercia del tiempo, y así se reproducían las cabezas de mi Hidra; y, curiosamente, por esa misma razón, había dejado de contarlas, y así me olvidé de que existía.

Cumplía el abecé de la moda, y así me tapaba. Me comunicaba con eufemismos y sinónimos, hablando de los mismos referentes y de las mismas desgracias de las que todos siempre hablaban. No tenía amigos, lo mío eran contactos; y coleccionaba normas, pero no convicciones. Había desarrollado una ridícula parábola sobre mis labios para indicar satisfacción, el fruncido de mi entrecejo para marcar lo socialmente incorrecto, y a poner los ojos como el dos de oros cada vez que alguien se

rebelaba. Procuraba que todo sucediera en mi vida de una vez por todas. Miraba hacia afuera, a través de la ventana, como una centinela, esperando que alguien me rescatara de esa soledad tan abrumadora. ¿Y yo? ¿Dónde estaba yo? ¿Quién sino podría rescatarme?

## Capítulo 2

La conocí a Mar a través de una suerte de canalizaciones. Así fue como mi vida cambió. De repente, y sin causa aparente, ni bien llegaba del trabajo, me sacaba los zapatos, me calentaba agua para el mate, y empecé a enfrentarme cada día a la computadora. En un principio fue para navegar por internet, y ya después comencé a abrir el Word, y así apareció. Mis manos descendían al teclado como hacen los caranchos, cazando ideas que, si no las hubiese rescatado a tiempo del olvido, podrían haber muerto por malformación. Mis dedos se movían a velocidades infinitas, sin control. No pensaba, solo sucedió. Y así se dio.

Nació entre mayúsculas. Las letras comenzaron a aparecer y a enredarse. La L se unió a la A, la M no quiso ser menos y haciendo un trabalenguas se fue juntando a la R, la A reaparecía, recurrente; y así fui formando LAMARAMAR. Luego llegaron más, la B de su panza parió a la C; la T de su terraza miró a la O, que, en círculos, se expandió hasta abrirse y hacerse una U. La E, en espiral, encontró un punto y se plantó sobre la I. La H rompió su silencio y entonces inventó al acento. Las comas me unían. Los puntos seguidos me sucedían. Y el aparte se me hacía revolución. Luego llegaron otros capítulos, y así se fue haciendo, y entonces: yo.

Lo cierto es que Mar rompió todos mis esquemas. Aquella educación de formar fila y tomar distancia se alzó en un vuelo que me llevó a lo más alto del cielo, y escalando alturas surreales se me hizo oración. La fui alimentando con nuevas comas y puntos, mayúsculas y minúsculas; y cuando quise darme cuenta, la pantalla, en forma de espejo, me anticipaba MI realidad, una nueva, a mi imagen y semejanza.

Aumentó de peso, tripliqué las dosis; y ya cada día, a la salida del trabajo, corría a su encuentro porque sabía que me esperaba una cita ansiada con mi intimidad que le daba a lo nuestro (lo del teclado y yo) un carácter prohibido que me magnetizaba. Fue todo tan espontáneo. Nacido de la necesidad, de lo más inmediato. Y así inventé a mi amada Galatea: mi indómita Mar, nacida de un cuento fantástico, parida del seno de una deriva.

Al principio, fue un simple embrión. En su superficie parecía ser un día como cualquier otro, pero, saltando esa delgada línea, se le sucedió un mundo que no respetaba las conexiones del pasado. Aquella tarde estaba predestinada a ser tapada por los mismos programas de siempre, aquellos que hacen que ya veamos en esa tarde las siguientes. Tardes que se suceden en horas, en días, en semanas, y así caen del calendario hacia el abismal secreto de los días... Sin embargo, aquel episodio atravesaba mi rutina rehaciendo un ayer que convive con hoy y, curiosamente, se

acomoda por debajo y por encima de lo que hago, lo que no hago, y de lo que soy.

## Capítulo 3

Mar crecía. Yo para entonces transitaba un duro momento. Mis lágrimas mojaron un corazón que todavía hoy, cuando llueve, siente frío. Mi mirada había quedado seca de tanto llorar, y mi voz, casi muda, se acorazaba en palabras que nunca decían nada. Por eso empecé a escribir. La necesidad fue la partera.

Nuestra cita era cuando terminaba las obligaciones del día. Sin embargo, un viernes me atrapó. Me llamó mientras corría al trabajo, llegaba tarde. Vi que la computadora había quedado encendida, la quise apagar, y ahí me quedé. Me tomó del brazo, me miró, sonrió, y me llevó al otro lado.

Aún era consciente de la hora, recuerdo que miré el reloj. Una mezcla entre miedo y excitación me hacía seguirla con la misma delicadeza que se baja a un sótano abandonado en medio de una noche de tormentas eléctricas. La vi clara, como nunca. Su trigüeño brillaba como el cobre bajo un sol que hacía resplandecer su cuerpo. Era una perfecta mezcla entre niña y ángel, con facciones tiernas y redondeadas, de sonrisa fácil y mirada tímida y escurridiza. Y su pelo, enmarañado, oscurecía al castaño y se hacía remolino con el galopar del cielo que aquella mañana me convencía de que siguiera su paso.

Entré a la pantalla. Me metí entre los archivos, de cabeza me tiré al documento, y así llegué a un nuevo capítulo. Su silueta, como siempre, caminaba pausada naciendo del suelo. Daba un paso, luego un salto. Andaba zigzagueante, nada en ella era uniforme. Patas chuecas, mirando hacia quién sabe qué; solía escaparse de esta frivolidad que nos gobierna. Sus ojos, perdidos, tan lejos de ese «aquí», dibujaban mundos nuevos, prófugos de los mapas.

Me miró unos largos segundos. Sus enormes ojos miel hacían de perfecto enclave, el verde se camuflaba en el marrón y nunca bajaban la guardia. Y ese fortín se plantaba entre sus pupilas y yo, haciéndonos inaccesibles para el planeta. Seguras durante un segundo que se disparaba hacia la eternidad de nosotras.

Nuestros pies se deshicieron en la arena. Recuerdo que llegamos al mar. Nos sentamos en la orilla y nos inclinamos hacia atrás. El cielo nos hacía de espejo, no había nubes. Se sentó junto a mí, frente a un horizonte que hacía de represa para contenerlo todo. Tomó mi mano, y me dijo:

—Me voy, Soledad. Sé que volveré, aunque no sé cuándo. Un largo viaje me espera. Tampoco sé adónde. Estoy cansada, supongo, de tratar de

encontrarle un sentido a este gran sin—sentido. Duermo sin soñar. No me ocupo, me preocupo. Ignoro lo que quiero y aún no sé lo que ignoro.

—Pero ¿qué dices? No te puedes ir, isi te estoy inventando!

—Te debo mi vida, Soledad. De no ser por tu compañía hoy no estaría aquí. Voy a aprovechar esta oportunidad que el tiempo me ha dado. Antes de quedarme temiendo en la orilla, deseo adentrarme en el mundo, sobre la barca de nuestra existencia perdida; y navegar. ¡Vámonos! —Y en el silencio me esperó apenas unos segundos.

De repente entendí que había cobrado vida propia. Todo eso que ella me dijo no estaba en el guion. Se había convertido en una joven precoz de apetitos indomables. Desde sus fondos ascendía su ser más propio y visceral, y así se daba, como un animal.

Con su infancia en una bolsa se fue costeando la mar. Atiné a sujetar su brazo; me miró, y le supliqué que aprendiera a escribir y que nunca me abandonara. Aunque fuera a partir de emails, quería saber dónde estaba. Cómo. Su figura, ya traslúcida, se confundió con la bruma; y así de sencillo, se fue.

El camino de regreso no fue igual que el de ida. Mientras que bajar a la mar fue tirarnos en tobogán a lo desconocido, subir las calles otra vez, y sola, me resonó como ese tic tac que nos conduce a la rutina. Volver me recordó ese escalofriante sentimiento que con el pasar de los años se me fue haciendo sombra.

Cuando llegué al umbral entre la realidad y la verdad, vi la pantalla desde el lado interno de la computadora. Recuerdo que tuve miedo, desde allí veía mi casa y así comprendí que el techo, ¡qué paradoja!, nunca me había protegido de mis tormentas. Dudé si saltar, sabía que si corría posiblemente alcanzaría a Mar. Todavía no había empezado a reescribirse, ¡aún era mía!

En ese mismo instante, pude haber dado la vuelta, bajar a la mar, sentarme en la orilla, buscarla en el horizonte, adentrarme con mi barca como si fuera una pirata en busca del tesoro de la libertad; pude haber hecho eso y más. Pude haber transformado ese momento en un fulminante pasado y haberme responsabilizado de ubicar cada tiempo en su lugar. Si no hay pasado, no hay futuros posibles. Pero salté. Atravesé el umbral. Apagué la computadora. ¡El trabajo! —y miré el reloj—. Llegaba tarde.